

ANTECEDENTES DE LA PRESENCIA
ESPAÑOLA EN EL CONTINENTE.
DE LOS REYES CATÓLICOS AL SIGLO XIX.
POLÍTICA DE EXPANSIÓN
Y CONTENCIÓN DE LA PIRATERÍA.
LAS RELACIONES CON MARRUECOS
HASTA LA GUERRA DE 1859

El 19 de septiembre de 1580 un cautivo español quedó libre tras el pago del rescate efectuado por los padres trinitarios. Montaba en el barco que lo devolvería a su casa. Había pasado cinco años privado de libertad y sometido a la incertidumbre de desconocer en qué momento se le acabaría la vida o la integridad de su cuerpo ya lisiado con anterioridad. Fue uno más de los miles de europeos que poblaban la ciudad de Argel aguardando la liberación o la muerte, con las mismas penas y las mismas esperanzas. Con el tiempo, cuando pudo por fin dedicarse al ejercicio de su arte, sería un hombre famoso y en sus obras se verán las referencias a su tiempo argelino. Se trataba de Miguel de Cervantes, soldado en busca de fortuna en Italia, herido en Lepanto y apresado en la galera Sol cuando regresaba de Nápoles con apenas treinta años y acompañado de su hermano. Llevaba el soldado Cervantes cartas de don Juan de Austria y del duque de Sesá para el rey, recomendándolo para el mando de una compañía. Esto hizo pensar a su dueño en Argel que se trataba de una persona de importancia y puso por él un precio inalcanzable para la familia.

Argel era una ciudad cosmopolita, llena de gentes de diversas razas y procedencias, capital de una regencia del imperio otomano y com-

parable a Roma en población, riqueza y vida; sin los teatros, libreros o imprentas de la ciudad italiana, aunque más hedonista y sensual. Con mayor libertad por carecer de órdenes religiosas o instituciones como la Inquisición, libertad que no alcanzaba a los miles de cautivos y esclavos. Allí convivían razas y religiones, en una sociedad jerarquizada donde cada cual sabía hasta dónde podía aspirar a llegar. Los cautivos circulaban libremente por las calles de la ciudad y sus alrededores, practicaban sus cultos y se relacionaban entre sí, y con argelinos o turcos. Pero no podían dejar su lugar de residencia y, por cualquier contrariedad, podían acabar sus días por un castigo. Cervantes aprovechó su facilidad para deambular para intentar varias veces la fuga. Pero todas ellas acabaron en el fracaso, y si no fue condenado a muerte se debió a que las cartas que llevaba incentivaron la codicia de su poseedor Dali Mami. Más de 25.000 cautivos llenaban la plaza. La vida era dura, y la traición, el sometimiento y algunas actuaciones cobardes y mezquinas ayudaban a sobrellevar los rigores y a obtener algunos beneficios y favores. Ni el mismo Cervantes escapó a estas conductas, pero permaneció fiel a su fe y a su patria. Poblaba Argel en su mitad una categoría de hombres que renunciaron a la fe cristiana quedando libres en ese momento, los renegados. Muchos de ellos se dedicaban al corso y se enriquecieron con actos piratas. Y alcanzaban una vida cómoda en una ciudad donde el origen no era importante, que facilitaba las oportunidades de prosperar y en la que se valoraba más la riqueza que cualquier otra cosa. En realidad, toda la ciudad vivía del dinero fácil de las presas y los rescates, del saqueo, de la venta de esclavos a los turcos y del robo.

La gente de Berbería entendía la piratería como una manera de contrarrestar la expulsión de Castilla y la pérdida del Reino de Granada, una compensación a su manera. Los islámicos habitantes del lugar consideraban la piratería como una yihad o guerra santa marítima y entendían que los europeos también la practicaban a su modo.¹ El mar

Mediterráneo, tradicionalmente lugar de comercio, se había convertido en un lugar inseguro en el que piratas y corsarios impedían el tráfico de los comerciantes cristianos que antes se entregaron a un comercio reglado y respetado, y en el que las poblaciones ribereñas vivían con el constante temor a ataques moros. Era pues imprescindible para los monarcas cristianos cortar ese foco de peligro que representaban magrebíes y turcos. Una de las mejores maneras de oponerse fue tomar posiciones estratégicas en las costas de Túnez, Argelia o Marruecos para, desde allí, entorpecer la acción de piratas y castigar oportunamente las ciudades de los reinos africanos. En esa época, las ciudades como Túnez, Trípoli o Argel eran auténticas ciudades-estado llenas de esplendor, mientras en el interior de los reinos abundaba la pobreza y el atraso secular. Los españoles buscaban controlar las ciudades costeras, el campo no les interesaba porque apenas ofrecía nada lucrativo. Y en esto se halla el origen de la presencia española en las costas y ciudades africanas.

El enemigo berberisco

Durante siglos el enemigo de los reinos cristianos peninsulares fue el invasor musulmán. Según discurría la Reconquista y el territorio cristiano se iba ensanchando, los reyes peninsulares veían peligrosa o amenazadora la relación política que existía entre musulmanes de ambas orillas del Estrecho de Gibraltar. El impulso guerrero natural fue perseguir al enemigo más allá del mar con la finalidad de conjurar nuevas invasiones. De tal forma que, como se vislumbraba en las últimas voluntades de la reina Isabel la Católica, se propiciaba la expansión peninsular en África. Esta idea, alejada del ideal de la Hispania romana, pronto se desechó por diversas circunstancias, pero siguió viva la política de combatir al musulmán, moro, berberisco o turco, en su terreno,

para garantizar la seguridad interior. Pero había otra manera de relación, que era la comercial, aprovechada por la Corona de Aragón para conectarse con otros pueblos separados por el mar Mediterráneo.

Las primeras incursiones en África fueron aragonesas y portuguesas. El comercio catalán y aragonés con los pueblos africanos era antiguo y bien organizado. Mientras las relaciones fueron pacíficas y satisfactorias, no fue necesario enviar gente armada. Algunos historiadores como el francés Pierre Hubac o el marroquí Abdallah Laroui opinan que la piratería fue una salida a la asfixia de los estados árabes por la opresión de los reinos cristianos.² Hasta el siglo XV, en concreto hasta la toma de Constantinopla por los turcos (1453), las negociaciones pacíficas predominaron. Jaime I y Jaime II habían firmado tratados con Túnez y Bugía. Terminada la reconquista aragonesa en tiempos de Jaime I con la toma de Mallorca (1228) y Valencia (1238), y pacificado el interior, aragoneses y catalanes se vuelcan en la política exterior. Aragón, bajo el reinado de Pedro III, había tomado la isla de Yerba o Los Gelves (actualmente Djerba) en Túnez en 1285, en una expedición mandada por Roger de Lauria, y la mantuvieron durante cincuenta años. Túnez fue, en realidad, una consecuencia de la política italiana del rey, ya que se consideraba que Los Gelves era tributaria de Sicilia. Las conquistas se perdían con facilidad, ya que se trataban de posiciones militares que, mejor o peor guarnecidas, solo podían ser reforzadas desde la lejana península o desde los reinos italianos. El coste de mantener las posesiones y la fortaleza que iba adquiriendo la piratería turca impulsaron al rey a abandonarlas y continuar con una política de entendimiento. La expansión del imperio otomano en auxilio de los reinos magrebíes, que fue una forma que tuvieron los argelinos de oponerse a la tutela española, trajo como consecuencia la pérdida de importancia de las relaciones comerciales pacíficas con los reinos de la orilla sur del Mediterráneo, para dar paso a una época de guerras y conflictos.

Castilla comenzó su andadura africana tras la conquista de Canarias. En 1476 Diego de Herrera fundó la fortaleza de Santa Cruz de Mar Pequeña, en un lugar no bien definido y que, siglos más tarde, se tomó forzosamente como Sidi Ifni. Tras la conquista de Granada, los Reyes Católicos emprendieron la expansión española, que en un principio iba a desarrollarse en África, pero que el descubrimiento de América cambió de objetivo. En 1497 el comendador Pedro de Estopiñán, un hombre del duque de Medina Sidonia, tomó Melilla. En 1505 se completaría la acción con la toma del puerto de Cazaza, al oeste de la península de Tres Forcas. Ambos puntos eran complementarios, porque servían de resguardo a las naves según el viento predominante, ya que uno abrigaba contra el poniente y otro contra el levante. Estopiñán era contador de la casa de Niebla y había participado en la toma de Granada. Las rivalidades entre los reyes de Fez y Tremecén habían dejado Melilla —llamada Rusadir— asolada y casi abandonada. Los españoles desembarcaron sin oposición el día 17 de septiembre de 1497 y se dedicaron a fortalecer algunas de las defensas arruinadas de la ciudad con materiales llevados desde España, para reconstruir en los días sucesivos adarves y torres de la muralla. Las obras defensivas continuarían años tras año; siempre por necesidad vital y, en alguna ocasión, como tras el terremoto de 1660, por imperativos extraordinarios. Tras la toma de posesión, los españoles quedaron constreñidos en los estrechos muros de la ciudad y solo podían ser abastecidos por mar, cuando los cabileños vecinos les ponían cerco, cosa que ocurrió numerosas veces a lo largo del siglo XVIII.

En el codicilo del testamento de la reina Isabel la Católica se refleja el deseo real de combatir al infiel en tierras del norte africano, tomar posesión de esas tierras en previsión de nuevos intentos musulmanes de apoderarse de España, combatir la piratería y controlar los avances turcos en el Mediterráneo Occidental. Como decimos, la conquista de América cambió el rumbo del impulso hispano, pero el car-

denal Cisneros cumplió algunos de los deseos de su reina y ordenó la expedición del alcaide de Los Donceles, Diego Fernández de Córdoba, que en 1505 tomó Mers el Kebir (que los españoles llamaban Mazalquivir). La conquista no fue fácil, porque los defensores estaban advertidos del ataque. Una vez posesionados de ella, los españoles se dieron cuenta de que la plaza fortificada estaba aislada, carecía de agua dulce y los socorros debían hacerse por mar y con dificultad, por lo que precisaba de otra conquista que les sirviera para la defensa y provisión. Mazalquivir presentaba una hermosa rada que servía perfectamente al desembarco y fondeadero de las naves, muchos años después sería base de la armada francesa en Argelia y de la argelina después de la independencia.

En 1509 el cardenal Cisneros dirigió la primera expedición contra Orán. Una flota de diez galeras y ochenta naves salió de Cartagena, con más de quince mil hombres (de los que cuatro mil iban a caballo) y con el concurso de Pedro Navarro. Orán era una importante ciudad y puerto de más de seis mil habitantes que mantenía buenas relaciones comerciales con Génova y Venecia. Estaba amurallada y contaba con una alcazaba que dominaba el resto de la plaza y que se rindió ante el cardenal en persona el 18 de mayo de aquel año. En su campo exterior los españoles encontraron el agua que les faltaba en Mazalquivir. Ambas ciudades, apenas separadas por una montaña, compusieron un enclave español en Argelia.

No fue la primera ni la última vez que Pedro Navarro combatió en África. Había nacido hacia 1460 y estuvo al servicio del rey Fernando el Católico. Emigró joven a Italia, donde se enroló como mercenario y corsario con el valenciano Antonio Centelles. Al iniciar la primera guerra italiana, pasó al servicio de los franceses. Cuando Centelles fue apresado y ejecutado por los turcos, Navarro se puso al servicio del Gran Capitán. Participó en la toma de Cefalonia, y estuvo en Canosa, en Barletta, en Ceriñola y en Nápoles. Siguió a Gonzalo Fer-

nández de Córdoba en Gaeta y Garellano, recibiendo por sus empresas el título de conde de Oliveto. Es el ejemplo de soldado de fortuna que, con suerte y talento, ascendió en la escala social. De vuelta a España, el rey Católico le encargó combatir a los corsarios turcos que amenazaban la navegación por el Mediterráneo. En 1508 se hizo con el Peñón de Vélez de la Gomera, levantando las primeras fortificaciones del islote. La manera de actuar en aquella época era muy diferente a la etapa colonizadora del siglo XIX. No se quería controlar y poblar el territorio para su explotación comercial, sino establecer unas bases militares en castillos o plazas fuertes para vigilar el tráfico e impedir la acción corsaria contra las naves cristianas. Por eso no se conquistaban reinos o regiones enteras, sino puntos estratégicos en la costa. Mazalquivir y Orán eran lugares de gran importancia para las relaciones con el reino de Tremecén. Navarro acompañó, como dijimos, a Cisneros en la expedición a Orán y Mazalquivir, pero acabaron disputando por el reparto del botín.

El año de 1510 se decide continuar los ataques al norte de África y se confía la expedición a un inexperto duque de Alba, que llevaba a Navarro de segundo. Toma Bugía, que había sido un puerto importante pero que se había convertido en un nido de piratas que atacaban las costas de Italia y España, y consigue que los reyes de Argel (al que exigió la entrega del peñón de Argel situado a la entrada del puerto, donde construyó un castillo), Tremecén y Túnez se declaren vasallos del español. Ese mismo año se tomó Trípoli a viva fuerza, haciendo prisionero a su rey. Navarro había construido un castillo en la entrada del puerto de Argel, que era lo que permaneció en poder de los españoles hasta 1529, cuando Martín de Vargas y sus ciento cincuenta hombres no pudieron resistir el asedio turco. Vargas fue tomado prisionero por el dey y murió apaleado. Navarro sufrió una desastrosa derrota en el intento de recuperación de Los Gelves, motivada por la falta de previsión y el exceso de confianza. En 1511 Navarro volvió a

Italia para luchar con la Liga Santa y fue apresado por los franceses en la batalla de Rabeau, el 11 de abril de 1512. El Rey Católico no quiso pagar el rescate que pidieron por él y pasó al servicio del rey Francisco I de Francia, combatiendo en Navarra e Italia. Murió en Nápoles en 1528.

Política africana de Carlos V y Felipe II

Estas expediciones y conquistas tuvieron en realidad poca trascendencia y permanencia. No fueron tampoco una prioridad en la política de la época. El deseo de frenar a los españoles llevó a los monarcas argelinos y tunecinos a llamar en su auxilio a los turcos. La aparición de los hermanos Barbarroja y el poder creciente de la escuadra turca cambiaron mucho las cosas. Estos navegantes dieron un impulso nuevo a la lucha contra los españoles, atacándolos en todos sus dominios africanos, y haciéndose dueños de grandes territorios en el norte de África, de Túnez a Argel. El enemigo africano se volvió más poderoso y peligroso para los españoles: estaba respaldado por el imperio otomano y actuaba con el arrojo propio de la superioridad tanto en tierra como en el mar. Los turcos aprovecharon para explotar el descontento popular en Túnez y las disputas intestinas en Argelia y terminaron uniendo estos reinos a su imperio.

A partir de 1620 Solimán el Magnífico se enseñoreó en la región, expulsando a los caballeros de San Juan de las islas más orientales. Las aguas mediterráneas se fueron tornando cada vez más peligrosas. En 1516 España pierde su posesión en Argel. El deseo de revancha motivó una nueva expedición en 1520, al mando del virrey de Sicilia Hugo de Moncada y en la que iba Diego de Vera, tomando de nuevo Los Gelves. En 1522 se pierde el Peñón de Vélez de la Gomera y en 1530 Carlos V cede Trípoli a los Caballeros de San Juan, por estar *muy*

a trasmano de sus dominios. En 1535, con intervención personal de Carlos V, se tomaron nuevamente Túnez y La Goleta, con un gran botín y liberando a cientos de cautivos cristianos. Pero se fracasó en 1541 al querer apoderarse de Argel, con la flota mermada por el temporal y con graves pérdidas. Una gran escuadra de 516 navíos, que llevaban más de 12.000 marineros y 24.000 soldados, fracasó en su intento de tomar las alturas próximas a Argel debido a las lluvias diluvianas y las tormentas constantes que desorganizaron la armada española. Derrotados, tras tres días resistiendo, tuvieron que retirarse protegidos por los caballeros de Malta. La tempestad acabó hundiendo 140 barcos y se optó por no volver a intentar el desembarco.

Esta acción supuso un punto de inflexión de la acción española en el norte africano y el cambio de rumbo en la política hispana, además de una importante victoria turca. La retirada española de Argelia y Túnez llevó de nuevo la anarquía a aquellos reinos. El sistema de alianzas que mantenía Carlos V con algunos reyes locales se rompía y favorecía las guerras internas. Ocurría con frecuencia que las dinastías surgieran o acabaran cuando los europeos perdían el control de un territorio. En 1540, Andrea Doria y su escuadra genovesa al servicio del emperador español tuvieron que acudir en auxilio del rey tunecino Muley Hassan, amenazado por su propio hijo.³

Felipe II también fracasó en los intentos de reconquista de Bugía y Trípoli, aunque conquistó de nuevo Los Gelves y en 1564 se tomó definitivamente el Peñón de Vélez de la Gomera. En 1555 el virrey de Nápoles no pudo socorrer la plaza de Bugía. La bancarrota que amenazaba a España impedía la formación de armadas, por no encontrarse dinero para los pagos necesarios. Felipe II mantuvo, sin embargo, una buena relación con los marroquíes, y tras Lepanto (1571) el peligro turco en el Mediterráneo Occidental parecía eliminado, o al menos se había llegado a un equilibrio entre los dos poderes predominantes, turcos y españoles, y se abandonó la política de tomar posicio-

nes ribereñas. Aún hubo un episodio más: la toma de Túnez por don Juan de Austria en 1573, pero se perdió con La Goleta al año siguiente. Con esto queda terminada la política de expansión en el sur del Mediterráneo y los españoles no intentan ninguna conquista más: se quedaban con Orán, Mazalquivir, Melilla y Vélez de la Gomera. España debía solucionar problemas internos y americanos. Hay que añadir la isla de Alhucemas, conquistada en tiempos de Carlos II, ya que las efímeras posesiones de Larache y La Mamora (Mehdia) no se consolidaron.

POSESIONES ESPAÑOLAS EN EL NORTE DE ÁFRICA
(DE ESTE A OESTE)

LUGAR	AÑO DE TOMA DE POSESIÓN	AÑO DE PÉRDIDA
Trípoli	1510	1551
Gelves	1497	1560
Querquenes	1574	1574
La Mamora	1550	1553
Monastir	1541	1550
Susa	1541	1550
Túnez	1535	1574
La Goleta	1535	1574
Bizerta	1535	1573
Isla de Tabarca	1540	1540
Bona	1535	1535
Bugía	1510	1555
Tedles	1510	1510
Castillo de Argel	1510	1529
Argel	1510	
Mostaganem	1510	1510
Mazalquivir	1505 1732	1708 1791
Orán	1505 1732	1708 1791
Horna	1531	1535
Tremecén	1542	1543

POSESIONES ESPAÑOLAS EN EL NORTE DE ÁFRICA
(DE ESTE A OESTE) (continuación)

LUGAR	AÑO DE TOMA DE POSESIÓN	AÑO DE PÉRDIDA
Melilla	1497	
Chafarinas	1848	
Cazaza	1505	
Peñón de Alhucemas	1673	
Peñón de Vélez de la Gomera	1508	
Ceuta	1580	
Tánger	1578	1640
Arcila	1578	1588
Larache	1610	1689
Mahamora	1614	1681
Mazagán	1578	1640
Santa Cruz de Mar Pequeña	1614	1681

España en Argelia

En esta sucesión de conquistas y pérdidas hubo sin embargo una aventura que se prolongó durante casi tres siglos, que fue la presencia española en las ciudades de Orán y Mazalquivir, en Argelia. En realidad, las dos plazas constituían una sola posesión defendida por un sistema de fortificaciones exteriores que las hicieron inexpugnables a pesar de los numerosos ataques, sitios y asedios. Su conquista en 1505 fue consecuencia del impulso personal del cardenal Cisneros. Los españoles entablaban alianzas con algunas tribus cercanas que les aprovisionaban, que eran los llamados «moros de paz». Otras veces, lo necesario y lo superfluo se obtenía mediante razias en el campo argelino, llamadas jornadas.

Mientras los hispanos se protegían dentro de las murallas, los arrabales eran ocupados por pobladores indígenas llegados del campo al

abrigo de la prosperidad que producía la ciudad. Este consolidado dominio español pudo haber sido, si las circunstancias no lo hubieran impedido, la cabeza de lanza de una futura colonización. La presencia de los turcos en la regencia de Argel y la llegada de los Barbarroja hicieron más difícil la vida en las plazas españolas y más peligrosas las salidas.

Temporalmente se perdieron debido a que la Guerra de Sucesión distrajo la atención española de sus dominios argelinos, cosa que aprovechó el dey de Argel para atacarlas en 1707. Se había reforzado con artillería turca para garantizarse el éxito de la operación. Orán era una ciudad amurallada, con una alcazaba y defendida por el castillo de Santa Cruz y el fuerte de San Gregorio a poniente y los fuertes de San Felipe y San Andrés y el castillo de Rosalcázar a levante. Los sitiadores comenzaron por asediar la torre del Nacimiento, que protegía el manantial que abastecía de agua a la localidad, que cayó tras casi dos meses de resistencia. Después atacaron el castillo de Santa Cruz, bombardeando y minando una parte de sus muros. El resto quedó mal defendido por el marqués de Valdecañas, que optó por abandonar y volver a la península, aunque quedaron unos pocos españoles luchando hasta la muerte. La expedición de auxilio no llegó, porque su jefe se pasó al bando del archiduque y los barcos cambiaron el rumbo para combatir en aguas peninsulares. Los asaltantes se apoderaron de Orán y su alcazaba el 20 de enero de 1708. Los españoles huyeron a Mazalquivir y, ante la imposibilidad de la defensa, el gobernador Baltasar de Villalba pactó una rendición honrosa. Los términos de la capitulación no fueron respetados por los asaltantes y los españoles acabaron cautivos.

De nuevo Orán fue puerto de piratas y la navegación comercial se resintió. El número de cautivos tomados en las presas aumentó. Relata Emilio Sola⁴ que Orán era la salida al mar del reino de Tremecén, ciudad próspera donde se acuñaba moneda y donde se conservaba una importante sabiduría histórica. Los españoles destruyeron las bibliote-

cas árabes, arrasaron la huella de los moriscos expulsados y convirtieron la plaza conquistada en una ciudad cristiana y española, base de correrías y ataques españoles a la región, que, sin embargo, nunca llegaron a dominar. Los cristianos de Orán empleaban las mismas armas que sus enemigos turcos y árabes, y capturaban en tierra bienes que aumentaban la fortuna del soldado expatriado. Pero la presencia reducida a la porción de Orán no bastaba para contener los ataques marítimos.

Felipe V, aconsejado por Patiño, se empeñó en recuperar los territorios perdidos en la guerra y mandó a aguas argelinas una escuadra. La expedición la mandaba José Carrillo de Albornoz, conde de Montemar, capitán general de las costas del Reino de Granada. La escuadra la componían más de quinientos barcos de transporte y diez navíos militares, y llevaba treinta y dos batallones de infantería, veinticuatro escuadrones de caballería y otras tropas. Desembarcaron la mañana del 29 de junio de 1732 y fortificaron una posición en la playa. Fueron hostigados duramente por fuerzas argelinas y turcas, y algunos autores sitúan en el teatro de los hechos a combatientes marroquíes al mando del barón de Ripperdá, que había sido primer ministro de España con Felipe V y trataba de formar un reino en el Magreb para él. Tras un duro combate los españoles dominaron la montaña de El Santo y los argelinos abandonaron la ciudad. Mazalquivir contaba con una reducida guarnición turca que se rindió el día 2 de julio, dejando a los defensores marchar a Argel. Los argelinos hostigaron a los españoles en numerosas acciones que no tuvieron gran resultado. Orán se había tomado con solo 58 muertos. Robustecidas las defensas, se dejó en la ciudad una guarnición de diez batallones de infantería, quinientos caballos, un regimiento de artillería y tropas auxiliares con Álvaro de Navia y Osorio, tercer marqués de Santa Cruz del Marcenado, como gobernador, que murió en una batalla librada en septiembre de ese mismo año.

La posesión de estas plazas se veía en la corte cada vez más innecesaria y cara, y se multiplicaron las opiniones que propugnaban el abandono. Su retorno al dey se consideraba una ventaja en cualquier negociación diplomática. No obstante, el recrudecimiento de los ataques piratas obligó a Carlos III a enviar una expedición a Argel, al mando de O'Reilly, en 1775, que se saldó con la derrota y muerte de los expedicionarios y de los cautivos que permanecían en la ciudad. En 1784 se intentó una conquista por tierra, pero las defensas de Argel contuvieron todos los ataques españoles.

Había cambiado la manera de combatir, los españoles ya no eran tan superiores a los argelinos. Y los turcos contaban con el apoyo de bajás del oeste, Constantina y Kabilia e incluso marroquí. Se empezó a valorar otra manera de hacer política; las guerras agotaban al país y no dejaban los frutos deseados. En 1786 Mazarredo es enviado para firmar un tratado de paz y comercio con el dey, semejante al firmado con Trípoli y que señalaba una época de paz. Esta paz hacía aún más innecesarias las posesiones; y un hecho natural, el terremoto que destruyó las defensas de Orán y Mazalquivir en 1790, precipitó la marcha de los españoles pactada con el dey. Además, el enemigo empezaba a contar con artillería suficiente como para socavar las defensas amuralladas. Los españoles abandonaron la plaza previa voladura de los fuertes modernos. Cuarenta años más tarde, los franceses llegaron a Argelia, convirtiéndola en colonia.

Relaciones con Marruecos

Marruecos es el vecino africano más próximo a España, separado por 14 kilómetros y medio de mar; ambos países están por naturaleza abocados a relaciones de todo tipo. De Marruecos procedían las oleadas de invasores tras el año 711, y a Marruecos acudieron la mayor

parte de los moriscos expulsados de los reinos españoles y un gran número de judíos. Los vecinos rivalizan, contienden y acuerdan; oscilan entre la paz y la guerra. Las vicisitudes de un reino se comunicaban al otro, cualquier debilidad era aprovechada. La proximidad y la larga historia de conflictos hicieron ver a los gobernantes españoles que el camino de la paz iba a ser más fructífero y menos doloroso que el de la guerra. Y fue esta vía la que se mantuvo mientras el imperio marroquí tuvo potencia suficiente para imponer respeto. Las ocasionales conquistas de Vélez de la Gomera, Alhucemas, Larache o Arcila y de las plazas de Ceuta y Melilla se debieron más al intento de combatir la piratería que a un deseo de confrontación con el sultán.

El imperio marroquí se mantenía con lazos políticos entre el sultán y las tribus que no eran de igual consideración en todo el territorio. El soberano gobernaba su estado (Majzen) con mano de hierro. Su autoridad se imponía con el auxilio de tropas y funcionarios, es decir, en las ciudades y la parte central y llana del país. En el campo (*bled es siba*), alejado y montañoso, se admitía una superior autoridad, pero el control cotidiano era muy laxo y el sultán se limitaba a cobrar impuestos y a determinadas levadas de tropas. Ambas cosas no siempre resultaron posibles y pacíficas.

El imperio llegó a su apogeo con el sultán Muley Ismail, que ascendió al trono en 1672 con la violencia habitual en la sucesión en Marruecos. El sultanato no era hereditario y las rivalidades de los pretendientes llevaban con frecuencia a las intrigas, asesinatos e, incluso, la guerra intestina. Este sultán no despreció el trato con los piratas, ya que obtenía pingües beneficios de los botines y del rescate de cautivos, pero organizó su imperio de una manera más moderna y eficaz, comenzando con la estructura militar, dotándose de unos cuerpos de obediencia directa y eliminando, en parte, a los señores feudales. Como señala Morales Lezcano, convirtió al país «en una potencia militar más organizada, hasta tal punto que a principios del siglo XIX el atraso

comparativo de Marruecos con su entorno no era tan acusado como lo sería un siglo más tarde». ⁵ Construyó por todo el territorio alcazabas para controlar a las tribus más rebeldes al poder. Llegó a la máxima expansión y al mayor control efectivo del territorio. Recuperó La Marmora, Larache, que estaban en manos españolas, y Tánger, que ocupaban los ingleses. Ni antes ni después, hasta el protectorado, ningún sultán consiguió mayor grado de adhesión y obediencia de las tribus de los confines del *bled*. Otra característica de su reinado fue que impulsó la conquista interior y se olvidó un tanto del mar. Las expediciones enviadas por él llegaron a las fronteras de Senegal y Níger, y hostigó a españoles y portugueses recuperando casi todas las plazas que estos poseían en las costas marroquíes.

A la muerte de Muley Ismail en 1727 siguió un periodo de desorden y luchas intestinas, hasta que llegó al trono el sultán Mohamed en 1757. Era un hombre que suavizó algunas de las instituciones de Muley Ismail y redujo su guardia de negros o *abids*, verdadero cuerpo pretoriano del sultán y sustento de la expansión y el poder de Ismail. Y procuró avanzar en relaciones internacionales, firmando tratados con Dinamarca en 1757 e Inglaterra en 1760. Marruecos conservaba todavía un pequeño poder naval y una fuerza corsaria importante, aunque no era comparable con la de la regencia de Argel o la escuadra turca en el Mediterráneo. La importancia económica que para el imperio tenía el apresamiento de naves europeas y el comercio con los cautivos, hacía que los sultanes mantuvieran este sistema de actuación. Pero España estaba muy próxima, y la misma facilidad que presentaba para que los marroquíes capturaran presas hispanas, la tenía la armada española para contraatacar, disponiendo de mejores barcos y de bases muy cercanas. Las acciones de personajes como Barceló y sus cañoneras contra piratas argelinos y contra naves marroquíes, como en 1764 cuando hundió tres jabeques de la marina del sultán, señalaban una diferencia cierta de potencia naval entre un país y otro.

Antonio Barceló era un marino mallorquín nacido en 1717 y que en el sitio de Gibraltar (1779-1783), cuando ya gozaba de amplia experiencia en la guerra en el mar, inventó un modelo de embarcación que llamó cañonera y que fue el terror de los corsarios. Se trataba de lanchas a las que colocaba un blindaje de hierro que las cubría hasta debajo de la línea de flotación y las armaba con un cañón o mortero montado de manera que giraba y llevaba un parapeto forrado para los servidores de la pieza y demás marineros. Era una embarcación muy maniobrable y fácilmente transportable. La novedad que suponía esta embarcación facilitó su actuación y fue de gran valor para combatir la piratería y en asedios como el de Argel en 1783, que no sirvió para conquistar la plaza pero sí para forzar un tratado de paz.

Es cierto que los sultanes aprovecharon hábilmente las rivalidades y las guerras entre los distintos países europeos; pero no es menos cierto que siempre huyeron de la guerra por el temor natural a ser derrotados. Por tanto, una buena política convencional era la mejor solución para todas las partes, y así lo vieron tanto Muley Mohamed como el rey español Carlos III. Las buenas relaciones entre el gobernador de Ceuta Osorio y Samuel Sumbel, judío marroquí al servicio del sultán, abrieron el paso a un comercio normalizado y fueron las primeras conversaciones tendentes a la firma de un tratado duradero. Negociaciones que continuaría el padre Juan José Boltas en una embajada oficiosa en 1765, y que siguieron por mediación de otro franciscano misionero en el imperio, fray Bartolomé Girón de la Concepción.

La misión de estos eclesiásticos consistía en averiguar la predisposición del sultán a la negociación. La parte marroquí se mostraba favorable al pacto, y como consecuencia de las conversaciones el sultán envió a la corte española como embajador a Sidi Ahmet el Gazel. Llegó a España en mayo de 1767 y el 21 de agosto se encontró con el rey español. Y los días siguientes mantuvo conversaciones con Grimaldi y el padre Girón. Esta embajada marroquí fue respondida con la que en-

vió Carlos III a Marruecos al año siguiente, encabezada por el marino Jorge Juan. Los trabajos realizados culminaron con la firma del tratado de 28 de mayo de 1767. El acuerdo firmado entre ambas naciones resultó satisfactorio y útil. En él se basaron las relaciones comerciales y la apertura de algunos puertos y ciudades a los europeos, y mantuvo la paz. Los españoles no consiguieron todo lo que se proponían, y no vieron atendida la solicitud de establecer una base o factoría en la costa, frente a Canarias, reivindicando la antigua Santa Cruz de Mar Pequeña, ni el ensanche del campo exterior de los presidios. En resumen, se pactó la libre navegación y el libre comercio entre españoles y marroquíes, la apertura de consulados españoles en los puertos marroquíes y una amplia libertad de pesca.

El tratado no impidió que el sultán reivindicara los establecimientos cristianos en las costas marroquíes. Siempre fue uno de los puntales de la política exterior marroquí y un tema recurrente hasta nuestros días. Nunca renunciaron a la posesión de los enclaves. En 1769 atacó y conquistó la plaza portuguesa de Mazagán (El Jadida) y propició el hostigamiento a las plazas españolas. Esta política agresiva la vio el rey Carlos III como una manera de romper el tratado de 1767, y el gobierno español declaró la guerra al marroquí el 23 de octubre de 1774. El sultán tomó la iniciativa y atacó primeramente el Peñón de Vélez de la Gomera, sin poder tomarlo, y después se presentó con un ejército de trece mil hombres ante los muros de Melilla. En febrero de 1775, después de semanas de sitio, asaltaron la plaza, resultando el ataque un gran fracaso y dejando más de 8.000 muertos. Muley Mohamed pidió la paz y los españoles obtuvieron nuevas ventajas comerciales que se añadieron al tratado de 1776, en perjuicio de Inglaterra.

A partir de ese año, la paz entre los dos países fue duradera y provechosa, y se sucedieron embajadas y comisiones que demuestran un trato amigable y fluido. A Muley Mohamed ben Abdalah le sucedió en 1790 su hijo Muley Yazid, hombre soberbio, caprichoso y déspota que

llegó al poder gracias al apoyo de la guardia negra, que su padre había debilitado pero no suprimido. Siendo un sultán belicoso y con la idea del irredentismo territorial, también quiso conquistar las plazas españolas, y en septiembre de 1790 ordenó el ataque a la ciudad de Ceuta, que se repetiría en agosto de ese mismo año. Los españoles contraatacaron bombardeando Tánger. La suerte de la campaña quedó decidida cuando el sultán levantó el sitio por haberse producido una rebelión en el interior del país. En esas luchas intestinas murió el sultán el año de 1792.

Le sucedió Muley Soleimán, uno de sus hijos, de carácter más benévolo y amigo de la paz, que procuró tratados de comercio con Estados Unidos, Cerdeña y algunos estados hanseáticos e inició las conversaciones con España. Tal vez la prudencia de este monarca venía marcada por los fracasos bélicos de su padre, y aceptó la vía amistosa como la posible. Como gesto de buena voluntad, permitió el regreso al imperio de misioneros franciscanos, que habían sido expulsados por el anterior sultán. Nombró a un alto funcionario imperial para negociar con España, Sidi Mohamed ben Otmán, que encontró fácil correspondencia en el gobierno de Cánovas, firmándose un tratado de paz, amistad, navegación, comercio y pesca el 1 de marzo de 1799.

El tratado de 1799 es una renovación del de 1767. Incluye la jurisdicción consular que permitía que los litigios en los que intervenían españoles se dirimieran ante los cónsules de España, sustrayéndolos de la jurisdicción marroquí, de gran contenido religioso. Era una ventaja para los europeos, que luego degeneraría en un sistema capitular que mermó la autoridad del Majzen, como veremos. Se admitía la compra de inmuebles para españoles en Marruecos y viceversa; el libre comercio y navegación (los derechos que debían pagar los españoles por introducir mercancías en Marruecos eran del 10 por ciento, quedando excluidas algunas cantidades de determinados productos que tenían una tarifa de pesos u onzas por quintal); se reconocían privilegios an-

tiguos vivos en el comercio de los dos países, como el de la Compañía de los Cinco Gremios de Madrid a extraer grano por el puerto de Casablanca pagando 16 reales de vellón por cada fanega de trigo y 8 por la de cebada; y la compra de cáñamo y madera marroquí para arsenales españoles. El convenio fue incumplido en innumerables ocasiones, pero el balance fue positivo. Para los españoles, porque se garantizaron la paz y la armonía y se redujo considerablemente la actividad pirata, y para los marroquíes porque la balanza comercial les fue favorable durante muchos años. Cánovas lo había calificado de «monumento insigne de humanidad por parte del nuevo Sultán y de previsión política por parte de nuestro gobierno».

Pero llegado el siglo XIX los españoles empezaron a urdir políticas expansionistas en Marruecos. La llegada de los franceses a Argelia en 1830, las conquistas portuguesas en el sur del continente y el éxito inglés en la colonia de El Cabo estaban abriendo las puertas del continente a un nuevo modo de entender las relaciones internacionales: el colonialismo. España consideraba que Marruecos, próximo como no lo estaba a ningún otro país europeo, era un asunto español. Aunque iba a chocar con la oposición inglesa, francesa e incluso alemana. Marruecos era la llave sur del Estrecho, tenía una posición estratégica especial y un grado de desarrollo mayor al de los vecinos africanos del sur. No obstante, la descomposición política del imperio que le llevó a la crisis social y económica favoreció mucho las políticas de intervención europeas.

Es a principios del siglo XIX cuando aparece en escena un personaje extraordinario, aventurero valioso, intrigante político, espía y escritor que respondía al nombre español de Domingo Badía y Leblich y que, convenientemente disfrazado de árabe, visitó varios países musulmanes bajo el nombre de Ali Bey el Abasí. Había nacido en Barcelona en 1767, pero marchó joven a Cuevas de Almanzora. Allí residía todavía una comunidad morisca, y es posible que en ese ambiente

aprendiera árabe, aunque luego perfeccionara sus estudios académicamente. Atraído por el mundo musulmán, embarcó hacia Marruecos. Supo captarse la voluntad y el favor del sultán Muley Soleimán y, con intrigas y engaños, trató de levantar el reino de Fez para cederlo a España. Pidió para ello auxilio militar a Godoy, con el que previamente había pactado, aunque solo la posesión de alguna ciudad como Tánger, para apoyar al rebelde Sidi Hassan, en tanto que tropas españolas atacarían a los marroquíes desde Ceuta. Pero Carlos IV no quiso contribuir a tal intriga y los planes nunca se realizaron. Ali Bey tuvo que huir de Marruecos y emprendió el viaje a Egipto y La Meca, siendo el primer europeo que la visitó, a través de Argelia y Libia. También visitó Turquía, Siria y Grecia. Fue un afrancesado convencido y José I lo nombró alcalde de Córdoba. Tras la caída de Bonaparte, salió de España y volvió a la vida de fingimiento e intriga. Como agente francés, acude a Damasco bajo el nombre de Ali Otmán, pero es descubierto por los servicios secretos ingleses y muere envenenado.

Francia también tomaba posiciones en Marruecos. Con diversas excusas, la escuadra francesa al mando del príncipe de Joinville bombardeó en agosto de 1844 los puertos de Tánger y Mogador (Essaouira). Y poco después el ejército imperial marroquí, que acudió en socorro del líder argelino Abdelkader, fue derrotado en la batalla de Isly por el mariscal Bugeaud, lo que ocasionó también una pérdida de territorio que es el origen de las disputas políticas todavía existentes entre Marruecos —que reclama su devolución— y Argelia. El poder militar francés, muy superior al marroquí, y el temor que inspiraba una ocupación fue causa determinante para la firma del Tratado de Lalla-Marnia, en 1845, que fijaba las fronteras entre Argelia y Marruecos.

Los españoles plantearon un golpe de autoridad el 6 de enero de 1848 cuando se tomaron las islas Chafarinas. La ocupación estaba prevista, pero el capitán general de Granada Francisco Serrano, duque de

La Torre, que mandaba la expedición a bordo del *Piles*, aceleró los preparativos al enterarse de que los franceses andaban en un intento similar para proteger la entrada a Argelia. Son tres islas de poca extensión, en las que aunque ahora solo tienen una guarnición militar, existía población civil dedicada al comercio y a la pesca y contaban con iglesia, casino, teatro y hasta una pequeña fábrica de conservas. Al terminar las guerras del Rif, esta población comenzó a emigrar a Melilla y otros lugares más cómodos. Además de su destino militar, las islas sirvieron en ocasiones para destierro de cabecillas cubanos, marroquíes e incluso los sublevados de Jaca.

Los incidentes con el reino marroquí fueron una constante. Las reivindicaciones marroquíes sobre las plazas españolas y los ataques a embarcaciones marcaron el sino de las relaciones entre los dos países. Embarcaciones marroquíes atacaban a las españolas, robando la mercancía, especialmente cuando quedaban varadas a causa de las tormentas. Hubo algunos asesinatos y agresiones a residentes en el imperio. La opción que propugnaba la intervención se abría paso en cierta intelectualidad y en algunos políticos. España no quería perder pie en un proceso que se avecinaba, más aún cuando se habían perdido casi la totalidad de las colonias americanas. En 1844 Serafín Estébanez Calderón publicó su *Manual del oficial en Marruecos*, obra que respondía a esa corriente de opinión partidaria de la intervención directa y toma de territorio en el norte magrebí. El título induce un tanto al engaño, ya que se trata más bien de un ensayo descriptivo sobre el país vecino, que comprende geografía, estado político e historia. Trataba el autor de dar una visión sobre el imperio del sur, de fomentar el conocimiento de esa nación e iniciar una labor propagandística a favor del siempre escaso partido africanista español.

Se estaba abriendo paso una corriente de opinión política partidaria de una intervención directa en el imperio del sur. Consideraban sus promotores que España tenía el mejor derecho a hacerlo frente a

otras potencias europeas, por historia y proximidad. La ocupación francesa de Argelia había abierto una puerta y señalado un camino. Estébanez, alejado ya de la milicia y la política, escribió el libro tras el asesinato de un agente consular español en Marruecos. Los ánimos antimarroquíes se calentaban en la España de la época, se clamaba por una guerra que finalmente no llegó y el libro se vendió rápidamente y llevó al autor a la Academia de la Historia. La mentalidad del escritor, general en la España de la época, trataba de resumir los tópicos sobre el estado de atraso de Marruecos y la despótica autoridad de sus jefes, empezando por el sultán: «Un estado perfectamente despótico, el sultán es dueño absoluto de cuanto poseen sus súbditos, hasta la vida que viven no la tienen sino en depósito».⁶ Esta obra es, en realidad, propagandística de la guerra que llegaría, por fin, en 1859, pero que estaba en el ánimo de muchos españoles como la política necesaria para afrontar la cuestión marroquí. Por eso Estébanez concluye: «Todos los esfuerzos de la diplomacia se estrellarán contra la naturaleza de las cosas, y la España debe seguir cuidadosamente con los ojos acontecimientos tan importantes para que no la sorprenda desapercibida. En el instante en que la Francia traspase los márgenes del Muluya amenazando las provincias del Guert, Errif y Tetuán, debe la España obrar activamente para que nadie sino ella domine aquella parte de la costa septentrional de África, y para esto es necesario tomar más en cuenta y en menos abandono nuestras posesiones de aquel país».⁷ Para lo cual proponía el alejamiento de Francia, la coalición diplomática con Gran Bretaña y el uso de la fuerza para la conquista.